

las dulzuras que derrama sobre el género humano. Trajano la enriquece de soberbios monumentos, es feliz bajo los Antoninos, agóbianla los Domicianos y los Decios, y participa de la comun suerte de las provincias del imperio, según que en el trono imperial se sienta la virtud ó el vicio, el lujo ó la modestia, la magnificencia ó la codicia, la dulzura filosófica ó la tiranía brutal, ó el desenfreno personificado y el desencadenamiento de todos los crímenes.

Aun en los siglos en que fué España una provincia del imperio, tiene su historia propia y sus glorias especiales. Consultemos la misma historia romana, escrita por nuestros propios dominadores. «El primer cónsul extranjero que hubo en Roma (nos dice) fué un español. El primer extranjero que recibió los honores del triunfo, español también. El primer emperador extranjero, español igualmente.» ¡Dichoso suelo, que tuvo el privilegio de recoger las primicias de la participación que la señora del orbe se vió obligada á dar en las altas dignidades del imperio á otros que no fuesen romanos!

Ni fué solo un emperador el que España suministró á Roma. Trajano el Magnífico, Adriano el Ilustre, Teodosio el Grande fueron españoles. Marco Aurelio el Filósofo, era un vástago de familia española. Diríase que España se había propuesto abochornar á Roma, dándole emperadores virtuosos é ilustres á cambio de los pretores rapaces y de los gobernadores avaros que ella durante la conquista le había regalado.

Con no menor generosidad le pagó su ilustración literaria. No creería Roma que la semilla de esta educación había de caer en un suelo tan agradecido, que antes de trascurrir cincuenta años le había de volver España una literatura, y que á los Virgilio y Horacio del tiempo de Augusto había de responderle con los Lucano y los Séneca del tiempo de Nerón, ni menos que la literatura española había de imprimir á la romana el sello de su gusto nativo y de transmitirle hasta sus defectos: influencia que no tuvo la dicha de ejercer otra provincia alguna del imperio.

Debió no obstante España á su dominadora una institución, con la cual parece haberla querido consolar de la libertad que le había arrancado; institución destinada á aclimatarse en este suelo, y á ser el germen y el principio restaurador, no ya de su libertad primitiva, sino de otra libertad mas culta y mas regularizada. Verémosla plantarse, desarrollarse, crecer, ocultarse á veces, resucitar después, y bajo una forma ú otra, ó vencer ó protestar perpetuamente contra todo lo que tiende á destruirla. Aun conservan el nombre de municipios esas pequeñas repúblicas comunales que mas adelante se crearon en España, aunque modificadas en su organización y en sus funciones.

Pero la civilización romana era demasiado imperfecta para que pudiera llenar los altos fines de la creación. Era la civilización de la guerra, de la conquista y de la servidumbre, y el mundo necesitaba ya otra civilización mas pura, mas suave y mas humanitaria. Sus dioses eran tan depravados como sus señores, y la humanidad no podía consolarse con un Olimpo de divinidades inmorales, y con un gobierno de hombres que se decretaban á sí mismos la apoteosis, que divinizaban los crímenes, y hacían dar culto á las bestias. La antigua sociedad iba cumpliendo el plazo que le estaba marcado, porque su corazón estaba tan gangrenado como sus ídolos, y tenía que morir. Era menester un grande acaecimiento que cambiara la faz del mundo y regenerara la gran familia humana. Esta obra estaba prevista: sonó la hora del cumplimiento de las profecías, y nació el cristianismo.

Y vino el Cristianismo al tiempo que debía venir, como todas las grandes revoluciones preparadas por Dios. Vino á dar la unidad al mundo, cuando la unidad se iba á disolver. Vino á reformar por la caridad una sociedad que la espada había formado y que la espada destruía. Vino á predicar la abnegación, cuando la doctrina sensual del epicureísmo amenazaba acabar de corromper á los hombres, si algo les faltaba. Vino á inculcar el sacrificio incruento del espíritu, cuando los sangrientos holocaustos humanos servían de placentero espectáculo á los hombres y á las matronas, y de alegre y sabroso recreo á las delicadas doncellas. Vino á enseñar que los esclavos que se arrojaban á pelear con las fieras, y á servirles de

pasto eran iguales á los emperadores ante la presencia de Dios. ¡Doctrina sublime!

Humilde al nacer el cristianismo, y lento en propagarse, como todo lo que está destinado á una duración larga y segura, va poco á poco minando sordamente el viejo y carcomido edificio de la gentilidad; poco á poco va subiendo desde la choza hasta el trono; desde la red del pescador hasta la púrpura imperial. Pero todavía después de haber enarbolado Constantino sobre el trono de los Césares el lábaro de la fe, los cargos públicos se conservaban en manos paganas, el senado era pagano, y los decrépitos ídolos tenían la jactancia de estar en mayoría y de creerse inmortales. Todavía en las márgenes del Duero recibían Diana y Pasiphae la ofrenda de una vaca blanca inmolada en celebridad de la superstición cristiana extinguida. Hombres y dioses se pagaban de estas ceremonias pueriles, mientras el cristianismo, que daban por extinguido se iba infiltrando suavemente en los corazones y ganándolos al nuevo culto.

La nueva religión encomienda su triunfo á la tolerancia y á la caridad; la vieja religión apela para sostenerse á las fieras y á los patíbulo. Constantino, emperador cristiano, ordena que no se inquiete á nadie, que cada cual siga la religión que mas guste, y que paganos é infieles sean igualmente considerados: los emperadores y procónsules paganos gritan: «Cristianos, á las hogueras; cristianos á los leones.» ¡Qué contraste! Pero las llamas que consumen el cuerpo de una doncella inocente, encienden la fe en el corazón de sus compañeras, y ganan al cristianismo multitud de vírgenes. La cuchilla del verdugo cercena el cuello de una víctima, y los hombres de valor, al observar que la fe cristiana inspira el heroísmo, proclaman que ellos también quieren ser héroes; y antes se cansan los brazos de los sacrificadores que falte quien se ofrezca al sacrificio. Otros se refugian á las catacumbas: el cristianismo no se compone solo de mártires y de héroes; admite también en su seno á los pobres de espíritu.

El martirio no podía retraer de hacerse cristianos á los españoles, siendo los descendientes de aquellos antiguos celtíberos tan despreciadores de la vida. Así fué, que además de los campeones de la nueva fe que de cada ciudad fueron brotando aisladamente en esta lucha generosa, solo Zaragoza bajo la frenética tiranía de Daciano añadió tantos héroes al catálogo de los mártires, que por no poderse contar se llamaron los *innúmerables*. Esta ciudad, que dió innumerables mártires á la religión, había de dar, siglos andando, innumerables mártires á la patria.

Acude luego la filosofía en apoyo del nuevo dogma, y la voz robusta y elocuente de los Ciprianos y los Tertulianos disipa las mas brillantes utopías de los agudos ingenios del paganismo, los Sócrates y los Platones; y derrama la verdadera luz sobre el enigma de la vida, hasta entonces ni descifrado ni comprendido. El politeísmo recibe con esto un golpe mortal, de que ya no alcanzarán á levantarle las doctrinas de la vieja escuela. Juliano, emperador filósofo y apóstata astuto, se propuso eclipsar las glorias de Constantino, y tuvo que resignarse á ser ejemplo y testimonio de que la idolatría había acabado virtualmente. «¡Venciste, oh Galileo!» exclamó: emitió una blasfemia, y blasfemando proclamó una verdad.

Descuella en esta época sobre todas las figuras de su tiempo un personaje bello y colosal. Sabio, virtuoso, activo y elocuente, tan enemigo del paganismo como de la herejía (que la herejía vino luego á luchar con la fe ortodoxa para depurarla en el crisol de la controversia), difunde la luz de su ciencia en los conchillos, preside con dignidad estas asambleas católicas, combate con vigor la herejía arriana, escapa de la amenazante cuchilla de los verdugos de Diocleciano, expone con valor á Constancio la doctrina de la separación de los poderes temporales y espirituales, que el emperador oye con escándalo y el mundo escucha por primera vez con sorpresa. A la edad de cien años cruza dos veces de una á otra extremidad el imperio defendiendo siempre la causa del cristianismo. Este venerable y gigantesco personaje era un español, era Osio, obispo de Córdoba. La España suministrando emperadores ilustres á Roma: la España suministrando prelados insignes á la nascente Iglesia.

Pero el politeísmo, minado ya por la doctrina de la unidad, no había de acabar de caer hasta que fuese derribado por la fuerza. El paganismo y el imperio, los desacreditados dioses y los corrompidos señores debían caer con estrépito y simultáneamente: engrandecidos por la fuerza, á la fuerza habían de sucumbir. ¿Mas dónde está, y de dónde ha de venir esa fuerza que ha de derrocar el coloso? La Providencia, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad, dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Para eso han estado escalonadas siglos há desde el Tanais hasta el Danubio, amenazando al imperio, ese enjambre de tribus y de poblaciones bárbaras, lanzadas y como escupidas por el Asia hácia el Norte de Europa. Las mas inmediatas constituyen como una barrera entre la barbarie y la civilización. Son los godos, vanguardia de otras razas mas salvajes todavía que empujados por ellas se derraman como torrente devastador por las provincias romanas. Pelean, son rechazados, vuelven á guerrear y vencen. Cuando el emperador Valente quiso atreverse á combatirlos, expió su anterior debilidad, siendo quemado por ellos dentro de una choza miserable. El imperio bambolea, y antes se desplomara, si el español Teodosio, último destello de las antiguas virtudes romanas, y glorioso paréntesis entre la corrupción pasada y la degradación futura no detuviera con mano fuerte su ruina, que sin embargo no puede hacer sino aplazar. Porque los destinos de Roma se iban cumpliendo, y era llegado el período en que tenía que decidirse la lucha entre la sociedad antigua y la sociedad nueva. Llegan á encontrarse de frente Honorio y Alarico, un emperador débil y un rey bárbaro: el romano degenerado no tiene valor para soportar la mirada varonil del hijo del Septentrion. El sucesor de los Césares huye cobardemente á Rávena, y deja abandonada la ciudad eterna á las hordas del desierto. Alarico humilla á la señora del mundo antes de destruirla, y Roma, para pagar el precio en que un goda ha tasado las vidas de sus habitantes, despoja los templos de sus dioses y reduce á moneda la estatua de oro del Valor. ¡Digna expiación de Roma pagana y de Roma afeminada! Ella misma saquea sus dioses, y el valor es inútil donde no ha quedado ya mas que molición.

No contento todavía el bárbaro, entra á saco la ciudad del Capitolio, y la depredadora del universo es entregada á su vez á un pillaje general.

La ciudad de los Césares ha sucumbido, se acabaron sus héroes, y sus divinidades han sido hechas pedazos. El genio de la barbarie se enseñorea de la que fué centro de una civilización de bacanales y de asiáticos deleites. ¿Quién ha guiado al instrumento de la destrucción? El mismo Alarico lo reveló sin saberlo. Siento dentro de mí, decía el goda, una voz secreta que me grita: «marcha, y vé á destruir á Roma.» Era la voz de la Providencia: Alarico la sentía, pero el bárbaro no sabía su nombre.

¿Y qué significa la conducta de Alarico con los cristianos en Roma? El saquea, mata, derriba los ídolos, pero respeta los templos cristianos, perdona á los que buscan en ellos un asilo, é interrumpe el saqueo para llevar en procesion las reliquias de un mártir. Es que Alarico y sus hordas traen una misión mas alta que la de destruir. Es el genio del cristianismo que se anuncia como el futuro dominador del mundo, y que ha de asentarse su trono allí mismo donde le tuvo la proscrita dominación pagana. Por eso estuvieron los godos tantos años en contacto con el imperio: porque era menester que cuando destruyeran los que estaban llamados á conquistar, vinieran ya ellos conquistados por la idea religiosa. Por eso la Providencia había dispuesto que los primeros invasores de la Europa meridional y occidental fueran los godos, los menos bárbaros de aquellas tribus salvajes, y los mas dispuestos á recibir un principio civilizador. Ya se columbran las ideas que regirán al mundo en los tiempos venideros. Ellos traen además el sentimiento de la libertad individual, desconocido en las antiguas sociedades, y que será el elemento principal de progreso en las sociedades que van á nacer.

Pero antes tiene que pasar la humanidad por dolorosas calamidades. Es el período mas terrible por que ha tenido que

atravesar el género humano, porque también es la mudanza mas grande que ha sufrido. El individuo padecerá mucho en estos días desgraciados, pero la humanidad progresará. Multitud de otras tribus bárbaras se lanzan como bandadas de buitres buscando presas que devorar, las unas por las regiones orientales, por las occidentales las otras del moribundo imperio romano. Suevos, alanos, vándalos, francos, borgoñones, hérulos, sármatas, y tantas otras razas de larga y difícil nomenclatura, se desparraman desde el Vístula y el Danubio hasta el Tajo y el Bétis, llevando delante de sí la devastación y el exterminio; y los romanos, bárbaros y semi-bárbaros se revuelven en larga y confusa guerra, en la Alemania, la Italia, las Galias, la España y hasta el Africa. A pesar de lo que se había difundido ya el cristianismo, el mundo llegó á sospechar si Dios habría retirado de él la mano de su providencia. Entonces se dejó oír desde las regiones de Africa la elocuente y vigorosa voz de un Padre de la Iglesia, del obispo de Hipona, exhortando á la humanidad á que no desfalleciera en tanta angustia, y enseñando á los hombres que Dios había querido castigar al mundo antes de regenerarle, y que tendrían un término sus dolores.

Ciertamente, si la cólera divina hubiera tenido decretada mas venganza, ningun instrumento hubiera podido elegir mejor para acabar de afligir la humanidad que el fiero jefe de los hunos, Atila, la mas ruda figura histórica que han conocido los siglos. Mas cuando el feroz Atila se desprendió de los sombríos bosques de la Germania para venir á inundar con sus innumerables y salvajes hordas la tierra ya harto ensangrentada por sus predecesores, entonces se oyó en Occidente una voz estruendosa que proclamó: «No mas bárbaros ya.» Y aliándose como providencialmente, romanos, godos, francos, los restos del mundo civilizado y las nuevas razas en que se había inculcado la fe, salen al encuentro al mas formidable de todos los bárbaros, y en los campos de Chalons se traba la batalla mas horrible y mas famosa de que dan noticia los anales del mundo. Atila es derrotado; la sangre de los hunos hace salir de su cauce los ríos; el león del desierto se retira á su cueva, á cuya entrada desahoga en espantosos rugidos su rabia impotente: la barbarie ha sido rechazada; los bosques germánicos cesan de arrojar salvajes, y si algunos se desgajan todavía, son ya repelidos por los mismos pueblos asentados en territorio romano; y la humanidad recibió un consuelo vislumbrando que la civilización se había salvado en aquella tremenda lid.

Durante esta angustiosa lucha de pueblos y de generaciones, el decrepito imperio romano, mutilado, atacado en su corazón y herido de muerte en su cabeza, via arrastrando una agonía prolongada. Despréndese cada día algun giron de la vieja y gastada púrpura imperial. En Oriente se conserva un fantasma de poder, y el Occidente se asemeja á un cadáver palpitante. Odoacro reina al fin en Italia, y Roma concluye su misión. El imperio que comenzó por un hombre á quien el mérito hizo apellidar con el nombre divino de *Augusto*, termina en Occidente con otro hombre á quien por irrisión y sarcasmo se aplicó el de *Augustulo*. Este miserable ni siquiera tuvo la triste gloria de ser llamado el último romano: este título se le había arrebatado Aecio, postrer destello del antiguo valor de Roma.

Con toda esta ignominia acabó el imperio mas poderoso que ha conocido el orbe.

## V

Casi al mismo tiempo que Alarico saqueaba á Roma, al principio del siglo v de la era cristiana, franqueaban los Pirineos tres razas de bárbaros, cuya planta salvaje llevaba tras sí la devastación, el incendio y la muerte. Eran los suevos, los vándalos y los alanos. Viene á completar el cuadro desolador una hambre horrorosa y una peste mortífera. Faltan campos donde sepultar tantos cadáveres; el pueblo sabe con horror que una madre ha devorado uno tras otro sus cuatro hijos, y apedrea aquella mujer sin entrañas. La voz dolorosa de España resonó en toda Europa, y la Iglesia consignó sus lamentos en sus melancólicas letanías.

¿Serán estos los pueblos destinados á heredar esta rica y fértil provincia? No: ni España lo merece, ni Dios lo permite. Unos y otros serán arrojados por otro pueblo menos indigno que ellos de ocupar este suelo privilegiado, los visigodos.

Esta misión comienza á llenarla Ataulfo, que por lo menos había tenido el mérito de no recoger para sí en el saqueo de Roma otro botín que á la bella Placidia, para convertirla de esclava en esposa. Prosiguiera Valia con mas fortuna, aunque á nombre todavía del imbecil emperador romano que se hacia la ilusión de dominar en España. Eurico es el que se atreve á emancipar abiertamente la España del espirante poder romano, y á conquistarla para sí. La España deja de ser romana y se hace goda, y Eurico aparece como un gigante que sentado sobre el Pirineo abarca con sus brazos la España entera y la Galia meridional. Es el mayor estado de Occidente que se ha formado sobre las ruinas del imperio.

Alarico II es víctima de la deslealtad de Clodoveo, rey de los francos, que le sonríe y halaga en un festín para quitarle alevosamente la vida en el campo de batalla. Pierden los godos en los campos de Poitiers una gran parte de la Galia gótica, y aunque conservan la Septimania, el asiento de la monarquía goda se fijará ya en la Península española. Aquí es donde ha de tener su centro, su fuerza, su porvenir, su declinación y su caída. En los tiempos de Alarico II, un siglo despues de Alarico I, es cuando se ven formadas las tres grandes naciones neo-latinas, Italia, España y Francia, fundadas por las tres grandes razas septentrionales, ostrogodos, visigodos y francos, que se arrogaron la mas pingüe herencia del desmoronado imperio.

Pasa la monarquía goda-hispana despues de Alarico II, por alternativas y vicisitudes de decadencia y engrandecimiento; agítanla rebeliones intestinas, y la inquietan invasiones y guerras extrañas. Por dentro los indóciles vascos, cántabros y astures, de indomable genio, y los nuevos de Galicia, reino ingerto, que aparece y desaparece, muere y resucita misteriosamente por períodos. Por el litoral, los griegos bizantinos, pegadizos huéspedes y vecinos incómodos, que servían para alentar banderías y conspiraciones y entretener las fuerzas del reino. Por el Pirineo oriental la raza franca, rival envidiosa de los visigodos, que hacia servir las diferencias religiosas para trabajarlos y enflaquecerlos, y les iba arrancando á pedazos las posesiones góticas de las Galias. Hasta Suintila ninguno pudo llamarse rey de toda España sin contradicción.

¿Cómo tan pronto se apoderaron los bárbaros del Norte de esta nación belicosa que por tantos siglos resistió á la mas ilustrada y mas poderosa república del mundo? ¿Es que había degenerado el genio indomable de los antiguos celtíberos? Algo había. Pueblo ya la España de artistas, de agricultores, de literatos y de clérigos, infectado de la inercia y la mollicie de la corrompida civilización romana, no era fácil que resistiera al rudo empuje y á la salvaje energía del pueblo soldado, endurecido con el ejercicio de la guerra, y que contaba tantos guerreros como individuos. ¿Ni qué interés tenían ya los españoles en seguir viviendo bajo la coyunda de los gobernadores romanos? ¿No les sobraban motivos para mirar á los nuevos conquistadores como mensajeros de su libertad? Salviano lo dijo bien: «el comun sentimiento de los españoles es que vale mas la jurisdicción de los godos que la de los magistrados imperiales. ¡Ojalá (dicen) nos sea permitido vivir bajo las leyes de estos bárbaros!» Lección grande, que enseña á los pueblos dominadores hasta dónde puede llevar á los pueblos oprimidos la exasperación. Explicase esto aun por sus causas naturales, y sin recurrir al espíritu superior que guiaba los acontecimientos por en medio de aquel caos de devastación y de sangre.

Pero la España bajo la dominación de los bárbaros no se hace bárbara. Al contrario, los bárbaros son los que se civilizan en ella. Demasiado incultos los godos para continuar la misión de Roma, pero los mas aptos de todos los septentrionales para recibir la cultura, van cediendo al ascendiente de la civilización romano-hispana, y los conquistadores materiales del suelo español acaban por ser moralmente conquistados por los españoles.

La fusión se hace lenta y gradualmente. Al principio los

dos pueblos, conquistado y conquistador, viven civilmente separados, aunque sometidos á un solo cetro. Una legislación rige para los godos, y otra para los romano-hispanos. Ni aun siquiera en el hogar doméstico pueden unirse las dos razas, porque la ley prohíbe los matrimonios entre godos y españoles. Pero el convencimiento va haciendo desaparecer paso á paso esta situación anómala. La fuerza de la unidad material va obligando á la legislación á marchar hácia la unidad política. El mas severo de los monarcas godos, Leovigildo, salta por encima de la prohibición legal, y se une en matrimonio con una española. El ejemplo práctico del trono protesta ya contra lo absurdo y lo irrealizable del derecho; y Chindasvinto y Recesvinto acaban de uniformar la legislación para los dos pueblos, y autorizan solemnemente los matrimonios mixtos. Desaparecen las razas, y la nación es ya una ante la ley, en la familia y en el foro.

Igual fusión se había obrado ya en el principio religioso. Porque la unidad ante la ley humana hubiera sido demasiado imperfecta sin la unidad ante la ley divina.

Precisamente el cristianismo había de ser la base de la regeneración de la nueva sociedad, y no era posible que esta prosperara sin la unidad en la fe. Arrianos los godos, y católicos en su mayor parte los españoles, la herejía en el trono y la ortodoxia en el pueblo, no podía haber unión ni concordia mientras las creencias no se amalgamaran y fundieran. ¿Y por qué eran arrianos los godos?

Ni ellos mismos lo sabían. Cuando se derramaron por las provincias imperiales y se pusieron en contacto con la sociedad romana, el emperador Valente, que era arriano, les envió misioneros que les predicaran el arrianismo. Dispuestos los godos en su rudeza semi-salvaje á recibir una doctrina religiosa que aventajaba evidentemente á la suya (si tal nombre se puede dar al grosero culto que de sus bosques traían), incapaces de percibir esas divergencias al parecer impalpables que el espíritu de discusión establece ó encuentra en los sistemas religiosos, queriendo hacerse cristianos adoptaron la fórmula arriana, y se hallaron herejes sin apercibirse de que lo eran. Con la misma docilidad se hubieran hecho católicos.

Y sin embargo, esta diferencia en el dogma trajo á los godos consecuencias inmensas y males sin cuento. Eurico, arriano, persigue á los obispos católicos, y se enajena las simpatías del clero español. Conquistador glorioso y dominador terrible, no logra dominar en los espíritus. Su hijo Alarico pierde la Galia meridional por ser arriano. Porque Clodoveo, ese Moisés de los francos, en quien Roma presentía ya al fundador de aquella monarquía que se había de aplicar el título de *hija mayor de la Iglesia*, les dice á sus soldados: «No puedo tolerar en paciencia que esos herejes estén poseyendo la mayor parte de la Galia; vamos contra ellos con la ayuda de Dios y del glorioso San Martín, y sometamos su país á nuestro poder.» Y los descontentos obispos de España ayudan al monarca extranjero y católico contra el monarca propio y arriano. Amalarico quiere obligar á su esposa Clotilde á que se haga arriana como él; ella lo resiste, el rey la maltrata, y la princesa católica envía á sus hermanos los reyes francos un lienzo ensangrentado para que vean cómo la trata el arriano, lo que trae á los godos una funesta guerra por parte del rey Childeberto de París. La herejía arriana les produce guerras exteriores, sublevaciones intestinas, y escisiones graves en el palacio y hasta en el lecho real. Y los obcecados godos no acaban de conocer que la herejía es la gangrena que corroe el solio y el reino.

Faltó poco para que el príncipe Hermenegildo hubiera hecho triunfar el estandarte de la fe ortodoxa en la nación goda-hispana. Pero la política del monarca ahogó los sentimientos del padre, y el severo Leovigildo cerró los oídos á la voz de la religión, y el corazón á la voz de la piedad. El rigor paternal le despojó de las insignias reales, y la cuehilla del verdugo le dió la corona del martirio. La Iglesia ha santificado á Hermenegildo. Lástima que el príncipe católico hubiera tenido que levantar la espada del pueblo contra el monarca, y que el mártir se hubiera visto en el caso de ser un hijo rebelde. ¡Coincidencia singular! Siglos despues, Hermenegildo es canonizado á instancias de otro monarca español, Felipe II, padre

de un hijo rebelde también, y cuyo fin se pareció en lo desastroso al del príncipe goda. Pasan mas siglos, y otro monarca español, Fernando VII, notado de impaciente por suceder á su padre, quiso perpetuar la memoria del príncipe goda, instituyendo una orden militar con la advocación de San Hermenegildo.

Pero decretado estaba que la enseña del catolicismo se había de plantar en el trono de los sucesores de Ataulfo, y que el imperio gótico español había de tener su Constantino como el romano. Las gradas del solio se habían tenido con la sangre de un mártir ilustre, y de las mismas gradas había de bajar la reparación. La muerte de Leovigildo arrastra tras sí la de la secta arriana. Recaredo sube al trono. «Declaro, exclama ante una asamblea de obispos, declaro que quiero ser admitido en el seno de la Iglesia católica. Y exhorto á los prelados arrianos aquí presentes, así como á los grandes del reino que asisten á esta asamblea, á que sigan é imiten mi ejemplo.» Todos se adhieren. La revolución religiosa se ha consumado. La España es católica. El imperio goda-hispano es uno en la religión, como lo había de ser en las leyes, ante Dios y ante los hombres. Si los monarcas españoles se decoran hoy con el título de Majestades Católicas, la historia nos enseña su origen, y nos lleva á buscarle en Recaredo.

También tuvo el arrianismo su Juliano como el politeísmo. También Viterico tuvo impulsos de querer volver á entronizar el desechado culto, y también alcanzó como Juliano un triste desengaño de su impopularidad y de su impotencia. Atrájose la reprobación unánime del pueblo, y se anticipó una muerte trágica. La fe ortodoxa había conquistado el trono español para no ser derrocada jamás.

Legislación y fe, espíritu legislativo y espíritu religioso, hé aquí los dos principios, las dos bases de la nueva civilización. ¿Quién había de pensar que aquellos rústicos habitantes del Tanais y del Danubio, que tan agrestes y fieros se presentaban, habían de ser sabios legisladores? Y, sin embargo, fuéronlo casi todos los monarcas godos de España, desde Eurico hasta Egica. Eurico aspira á borrar con la gloria de legislador la mancha de asesino con que había subido al trono. Alarico, desgraciado en la guerra, se hace inmortal con su Breviario. El grande y severo Leovigildo, Chindasvinto el cruel, Recesvinto el dulce, Wamba el glorioso, Ervigio el menguado, el pusilánime Egica, especie de obispo lego y coronado, todos ponen su piedra en el gran edificio de la legislación. Aunque el estado decayera, la ley civil se perfeccionaba, y no pocas veces el derecho caminaba por la vía opuesta del poder. Así se fué elaborando el famoso *Código de los visigodos*, monumento perdurable de aquella nación, y la mas preciosa página que en aquellos siglos adornó la historia del linaje humano. ¿Qué hay que añadir á estas palabras del Fuero-Juzgo? «Doncas haciendo derecho del rey, deve aver nomne del rey, et »faciendo torto, pierde nomne de rey. Onde los antiguos dicen tal proverbio: Rey serás si fecieres derecho, et si non »fecieres derecho, non serás rey. *Rex eris si recte facis, si autem non facis non eris.*» Si los textos legislativos son medallas de las vidas de los pueblos, el código goda debe revelarnos el triunfo pacienzudo y seguro de un pueblo desarmado contra otro armado que le subyuga por la fuerza. En tal conflicto nada mas natural que la apelación á la ley. *Lex*, dicen los oprimidos á los opresores, *lex est amula divinitatis, antistes religionis*, etc. Y si los opresores preguntan: ¿quién puede vencer á los enemigos? los oprimidos responden: *Quid triumphet de hostibus? Lex.* Si vemos un dia en Aragon colocar al *Justicia* como un interventor del rey; si vemos en Castilla el poder de los *Jueces* superior al de los Condes; si vemos la palabra *Fuero* suscitar tantas insurrecciones y protestas en la vida de España, si vemos al *Feudalismo* echar menos raíces en este suelo que en las demás regiones de Europa, acaso hallemos la semilla de todo esto en el código de los visigodos. El atravesó con gloria la edad media, y si la dominación goda no hubiera hecho mas legado á la posteridad que el Fuero-Juzgo, este solo bastaría para probar la herencia de las edades y la sabia ley de la progresiva perfectibilidad social.

¿Cuán bella teoría de gobierno es la monarquía electiva! «Que los hombres elijan al mas digno de entre ellos para que

los dirija y gobierne.» El principio es seductor, y parece el mas natural y el mas justo. Mas si las pasiones de los hombres hacen ó no provechosa á las sociedades su aplicación práctica, viene á enseñarlo escrito con letras de sangre esa galería trágica de reyes godos que por el puñal escalaron las gradas del trono y por el puñal las descendieron. Estremece recorrer el catálogo de los regicidios. Corta es la nómina de los que alcanzaron por término de su carrera una muerte natural y tranquila. Y no sabemos si incluir en este número á los que acababan tristemente sus dias bajo la bóveda de un claustro, forzados á vestir el tosco sayal del monje, precedido de la ignominiosa decalcación. Fuente de personales ambiciones la forma electiva, reproducíanse á la muerte de cada monarca, que ellas mismas solían precipitar, los bandos, las alteraciones, la agitación, los crímenes; y la conspiración era la que no moría nunca. A la muerte de Atanagildo pasó tiempo y tiempo antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la elección de sucesor. Tan inconciliables eran las aspiraciones.

Cierto que á este sistema fué debida la felicísima elección de Wamba, en que no sabemos qué admirar mas, si la unanimidad con que los electores se fijaron en el hombre virtuoso, ó la abnegación y la virtud del elegido. ¿Pero cuántos de estos ejemplos cuenta la corona gótica? El mismo Wamba viene á ser víctima del sistema de electividad, arma terrible, que curaba alguna vez, pero que las mas hería y mataba. Wamba se duerme rey y despierta monje. Un conde pérfido que ambicionaba el trono le propina un brebaje sorporífero, y aprovechando la insensibilidad del sueño le corta la larga cabellera, simbolo de la majestad, y el tonsurado tiene que cambiar el manto régio por el hábito monacal, con arreglo á la ley. El concilio duodécimo de Toledo, despues de un discurso humilde de Ervigio, reconoce al usurpador alevoso, y pronuncia anatema contra todos los que no se sometan al nuevo monarca, y aun establece un cánón contra la misma superchería que á él le había valido la corona, prohibiendo imponer el hábito de penitencia á persona alguna contra su voluntad. Otro tanto había practicado el sétimo concilio de Toledo con Chindasvinto, que había cortado el cabello al joven Tulga, y arrancádole el cetro. Los reyes castigaban de muerte el solo pensamiento de cometer el crimen que ellos habían perpetrado, y los concilios excomulgaban á los conspiradores contra aquellos mismos que debían el trono á la conspiración. ¡Extraña jurisprudencia civil y canónica! Condernar y anatematizar los delitos futuros, sancionando los mismos delitos ya consumados!

La forma electiva de la monarquía hacia humillarse la corona gótica ante el poder teocrático, ante el ascendiente que tomaba el sacerdocio á la sombra del formidable derecho de elección, y de la mayoría que representaba siempre en los concilios, asambleas semi-religiosas, semi-políticas, á que venían á subordinarse todos los poderes del estado. ¡Desgraciado el monarca que se enajenara el favor del clero, y afortunado el que contara con su influjo, siquiera le mendigara con humillación! Sucedería al primero lo que á Suintila cuando trató de destruir el principio electivo; el segundo podía estar seguro de su proclamación, aunque fuese un usurpador como Sisenando. Si se quiere tener un ejemplo de lo que era la majestad del solio ante el poder de la teocracia, no hay sino representarse á Sisenando ante el cuarto concilio de Toledo, con la rodilla doblada en tierra, inclinada la frente y corriendo las lágrimas por sus ojos; y á los obispos, pagándose de la actitud suplicante del monarca, fulminar anatema contra todos los que atentaran á la vida ó á la corona del rey por ellos proclamado.

Así la vieja espada gótica iba á ocultarse bajo los capisayos episcopales, y el antiguo instinto guerrero de la raza indogermánica desapareció bajo la influencia sacerdotal. De algunos monarcas pudo dudarse si eran reyes ú obispos coronados. La conversión de Recaredo hizo un bien inmenso á la religión, pero decidió sin intentarlo la lucha entre la mitra y la corona. Llevando á los concilios los negocios temporales, vino á ponerse el cetro bajo la tutela del cayado. No previó aquel monarca que ni todos sus sucesores habían de tener una